

*Bosquejo histórico y análisis bibliográfico*

# **Iglesia Católica en Uruguay\***

*por Susana Monreal*

## **La autora**

*Doctora en Ciencias Históricas  
(Universidad Católica de Lovaina -  
KUL). Directora del Instituto de  
Historia, es docente e investigadora en  
la Universidad Católica del Uruguay*

Así como la exploración y el poblamiento de las tierras que hoy constituyen el Uruguay se realizaron tardíamente, la presencia de la Iglesia Católica en esta región fue también tardía y con características peculiares.

Es por esta razón que la sociedad uruguaya ofrece perfiles culturales y religiosos que difieren de los de la mayor parte de América Latina.

Al presentar las grandes líneas de la historia del Uruguay, nos detendremos en el papel que la Iglesia Católica ha desempeñado y desempeña en nuestra sociedad. En una segunda parte, abordaremos los principales enfoques historiográficos que ha merecido la acción de la Iglesia en Uruguay. La primera parte del artículo, muy necesaria en un trabajo destinado a ser publicado en una revista especializada en Historia de la Iglesia a editarse en Madrid, podría obviarse en esta segunda edición; sin embargo, hemos decidido mantenerla pues son numerosos los lectores que la revista *Prisma* tiene fuera del Uruguay.

---

\* Este artículo fue publicado originalmente en la revista española *XX Siglos* (año XI, nº 46, 2000/4). Agradecemos a *XX Siglos* y a su director, Juan María Laboa, la autorización para reproducirlo en *Prisma*.

## La Iglesia en el Uruguay: grandes líneas

El Uruguay, la “banda oriental” o “banda de los charrúas” de los tiempos coloniales, fue tierra de colonización y de evangelización tardías en el Río de la Plata.<sup>1</sup> Privada de riquezas minerales y de una población indígena numerosa o acogedora, esta tierra fue juzgada “de ningún provecho” hasta el siglo XVII. Fue entonces que se hicieron evidentes sus posibilidades naturales para el desarrollo de la ganadería, y su valor estratégico. Su ubicación sobre la entrada al sistema fluvial rioplatense, su proximidad a la línea de Tordesillas, y las potencialidades que encerraba como base de control del Atlántico Sur, comenzaron a dar un sentido nuevo al poblamiento de la costa oriental del Río de la Plata. Desde comienzos del siglo XVIII, la región rioplatense, y en particular el actual Uruguay, serían zona de encuentros y de disputas entre los Imperios español y portugués, y más tarde área fuertemente codiciada por el comercio británico. Alcanzada la independencia, a partir de 1830, el nuevo estado se reveló como valioso instrumento de equilibrio entre los dos colosos —Argentina y Brasil— con los que limita. A fines del siglo XX el pequeño estado se empeña en ser un protagonista activo del proceso de integración regional.

### Una república cristiana

Superando veinte años de revoluciones, inestabilidad política y dominios extranjeros —Portugal y Brasil—, el Uruguay nació a la vida independiente en 1830. En el goce de una independencia un tanto sorpresiva, débil social y demográficamente —con una población de algo más de 70.000 habitantes—, con una economía frenada, malas comunicaciones y sin una educación organizada, en estado de soberanía limitada debido a la tutela ejercida sobre él por sus poderosos vecinos, el Uruguay inició la primera etapa de su vida republicana.

Si bien la Constitución de 1830 establece con precisión, en su artículo 5°, que “la Religión del Estado es la Católica Apostólica Romana”, la sociedad

---

<sup>1</sup> Sobre la historia del Uruguay puede consultarse una muy extensa bibliografía. Citamos cuatro obras que ofrecen una visión de conjunto; dos obras clásicas: Alberto Zum Felde: *Proceso histórico del Uruguay. Esquema de una sociología*, Montevideo, 1919, y Juan E. Pivel Devoto y Alcira Ranieri de Pivel Devoto: *Historia de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1945, y dos obras recientes: Gerardo Caetano y José Rilla: *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al Mercosur*, Montevideo, CLAEH-Fin de Siglo, 1994, y Benjamín Nahum: *Manual de Historia del Uruguay*, 2 t. (1830-1903 y 1903-1990), Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1993 y 1998.

uruguaya de la época puede definirse como débilmente cristiana.<sup>2</sup> La acción misionera se había iniciado en estas tierras por lo menos ciento cincuenta años más tarde que en los grandes centros de colonización y de misión del Imperio español. Aunque la obra de franciscanos, dominicos, mercedarios y jesuitas fue una realidad en nuestra campaña, los resultados se revelaron menguados. Se trató, en el caso franciscano, de acciones iniciadas con grupos indígenas reducidos y poco dóciles. En cuanto a los jesuitas, debemos referirnos especialmente a la cristianización de indígenas guaraníes de la región Norte, que se integraron al campo oriental en sucesivos movimientos, y especialmente como consecuencia de la Guerra Guaranítica y de la posterior expulsión de la Compañía de Jesús de los dominios castellanos en 1767. El resultado fue una población rural poco arraigada y sin hábitos sacramentales, con excepción del bautismo. Sólo la construcción, impulsada por los hacendados, de pequeñas capillas que cumplían la función de oratorios rurales, permitió la presencia esporádica de sacerdotes y la administración periódica de los sacramentos.

En cuanto a la vida urbana, a la fundación clandestina de la ciudad portuguesa de Colonia del Sacramento en 1680, siguió la de Montevideo. La ciudad española de San Felipe y Santiago de Montevideo fue fundada entre 1724 y 1730, como ciudad militar y como puerto comercial para reafirmar el poder español en el Río de la Plata. Asunción tenía 200 años de vida, San Pablo 170 años, y Buenos Aires había sido fundada por segunda vez 150 años antes. La sociedad montevideana —con 15.000 habitantes hacia 1800— se vio fuertemente influida por la sencillez de sus soldados y la sobriedad de sus comerciantes. Los primeros evangelizadores fueron los padres jesuitas, sustituidos por los franciscanos luego de la expulsión. Impregnada de una austera religiosidad de fuerte cuño franciscano, con clero escaso y organización eclesial mínima y dependiente del Obispado de Buenos Aires, se trataba de una sociedad cristiana pero muy reducida, que experimentó cambios revolucionarios en el transcurso del siglo XIX.

Durante cincuenta años se extendió el período de afirmación de la República Oriental, apegada a las tradiciones y todavía fuertemente integrada a la vida y a la cultura regionales. Fue la "primera república": la del nacimiento y enfrentamiento de los partidos uruguayos tradicionales —Blanco y Colorado—, de caudillos y "doctores", de intervenciones extranjeras, de estancia tradicional y

---

<sup>2</sup> Las principales obras relativas a la historia de la Iglesia en el Uruguay serán analizadas en la segunda parte de este artículo. Citamos dos obras generales: *La Iglesia en el Uruguay. Estudios históricos*, Montevideo, 1979; D. Bazzano, Carlos Vener, Álvaro Martínez y Antonio Carrere: *Breve visión de la Iglesia en el Uruguay*, Montevideo, Obsur-Librería San Pablo, 1993, 146 p.

primitiva industria del saladero, de conciencia nacional aún débil. La Iglesia uruguaya vivió entonces, y hasta 1878, la etapa del Vicariato. En efecto, en agosto de 1832 se concretó la creación del Vicariato Apostólico que ocuparon sucesivamente Dámaso Antonio Larrañaga (1832-1848), Lorenzo Fernández (1848-1854) y José Benito Lamas (1854-1857).

A partir de 1875 se define una nueva etapa de la historia del país, la del Uruguay moderno y "disciplinado" en sus costumbres.<sup>3</sup> Se trata de un país que ha cambiado en sus partidos, en sus caudillos, en el Estado de poder consolidado y de creciente protagonismo económico y social. El Uruguay moderno recibe fuertes contingentes de inmigrantes y se transforma en una nación con un nuevo estilo empresarial, en el campo y en la ciudad, de enseñanza primaria obligatoria, de universidad positivista y de conciencia nacional ya definida. En cuanto a la vida eclesiástica, la organización y la orientación de la Iglesia uruguaya habían iniciado una etapa de revisión en 1859, al concretarse el nombramiento de Jacinto Vera como Vicario Apostólico. Estos cambios reciben un fuerte respaldo el 13 de julio de 1878 cuando, por bula de León XIII, se crea el Obispado de Montevideo y Monseñor Vera se convierte en su primer titular.

## El proceso secularizador

El proceso de secularización, de lenta pero segura diferenciación de la sociedad civil de las instituciones religiosas, se concretó también a partir de 1859 en el Uruguay. Sus incidencias fueron profundas en la vida cultural, y especialmente en el campo educativo, puesto que este proceso implicó la progresiva eliminación de la dimensión no sólo cristiana sino espiritual de las labores educativas públicas. Es imprescindible analizar los factores que determinaron, no tanto el surgimiento, pues tales factores coinciden en numerosas repúblicas latinoamericanas, cuanto el desarrollo de este proceso secularizador.

Debe considerarse, en primer lugar, el fuerte movimiento inmigratorio que se inició en el Uruguay a mediados del siglo XIX, al terminar la llamada Guerra Grande. Si en 1830 el país tenía alrededor de 74.000 habitantes, en 1852 superaba los 130.000. Veinte años más tarde la población alcanzaba 420.000 habitantes, y ya eran 800.000 en 1894.<sup>4</sup> Este formidable crecimiento demográfico se debía al aumento de la tasa de natalidad, pero sobre todo a la persistente llegada de inmigrantes. Arribaron al Uruguay pobladores españoles —vascos,

---

<sup>3</sup> Ver: José Pedro Barrán: *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, t. 2: *El disciplinamiento (1860-1920)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1990.

<sup>4</sup> Dirección General de Estadística: *Cuadernos Estadísticos, 1875-1883, Anuario Estadístico, 1884-1915 y Censo General de la República de 1908.*

catalanes, asturianos, más tarde gallegos—, italianos —del Norte y del Sur—, franceses —bearnese y vascos en una primera etapa—, ingleses, alemanes, suizos. De la fusión de orientales criollos e inmigrantes de variados orígenes nació un “pueblo nuevo”, que también manifestó de manera diversa su espíritu religioso. El hombre que emigraba, que dejaba su tierra y su gente en busca de nuevos horizontes, se sentía inclinado a abandonar las reglas sociales y religiosas que, en su tierra de origen, habían sido su punto de apoyo y de referencia familiar.<sup>5</sup>

Muchos extranjeros de raíces campesinas y cristianas fueron alejándose de sus prácticas religiosas al llegar a la tierra nueva. Se encontraban solos, lejos de los párrocos que habían sido sus vecinos, sus amigos, sus directores espirituales, y que podían hablar a sus corazones en su lengua, situación muy frecuente entre los inmigrantes italianos. Por otra parte, la Iglesia uruguaya no estaba preparada para recibir y atender espiritualmente a este aluvión humano. También llegaron inmigrantes no cristianos que traían sus propias rupturas interiores, tal vez algunas decepciones o algunos resentimientos, y que pesaron en ambientes reducidos. Es el caso de los italianos garibaldinos y de los anarquistas catalanes, muy influyentes en los orígenes de las organizaciones obreras.

Si en un principio, superadas las barreras y dificultades ya expuestas, los recién llegados se acercaban a la parroquia y al cura en busca de protección y consejo, especialmente en torno al tema de la educación de sus hijos, a partir de 1877 la situación experimentó un cambio muy importante. En Uruguay, la educación fue un ideal unificador de los esfuerzos de los políticos, de los hombres de ciencia y de los hombres de letras del último cuarto del siglo XIX. La obra de José Pedro Varela en la educación primaria y la de Alfredo Vázquez Acevedo como reorganizador de la universidad representan etapas decisivas en tal sentido. Sin embargo, el principio laicista actuó como elemento de dispersión de las fuerzas en acción. El católico Francisco Bauzá pudo afirmar en 1879: “el único campo neutral donde todos fraternizábamos —la educación del pueblo— se ha transformado en campo de odiosidades”.<sup>6</sup> La educación popular, que no había recibido especial atención de los primeros gobiernos, fue promovida por el Estado a partir del *decreto-ley de Educación común* del 24 de agosto de 1877. La reforma escolar ofreció a los hijos de los inmigrantes educación pública gratuita y obligatoria, e incluso formación cristiana optativa aunque ciertamente defectuosa. El Estado uruguayo, que iba ampliando sus funciones en la vida económica, social y cultural, desarrolló progresivamente fun-

---

<sup>5</sup> Ver: Carlos Musetti: *Cultura uruguaya: ¿católica?*, Montevideo, 1981.

<sup>6</sup> Francisco Bauzá: *De la Educación Común*, Montevideo, 1879, p. 15.

ciones que habían cumplido las instituciones religiosas. Se fue perfilando desde entonces la imagen del Estado paternalista, fuente de todo bien, nuevo punto de apoyo y de referencia. La nueva sociedad uruguaya iba alejándose de sus fundamentos cristianos, o por lo menos éstos iban perdiendo nitidez.

Entretanto, y por otras razones, los sectores intelectuales uruguayos se distanciaron también de la filosofía cristiana. A partir de 1860, llegaron al Uruguay y a toda América Latina corrientes de pensamiento no cristianas que ejercerían una poderosa influencia sobre la juventud estudiosa y superficialmente cristianizada. Nos referimos a los treinta o cuarenta jóvenes que, al mediar el siglo XIX, ingresaban anualmente a las aulas universitarias, y que serían de seguro, años más tarde, los protagonistas de la vida política, los periodistas de renombre o de moda, los educadores de las nuevas generaciones.

El racionalismo espiritualista, a partir de 1865, y el positivismo de raíz anglosajona, desde 1875, promovieron en los círculos intelectuales y universitarios la crisis de la fe cristiana primero y la crisis de la idea de Dios un poco más tarde.<sup>7</sup> En el racionalismo espiritualista, inspirado en el eclecticismo de Victor Cousin y transformado en doctrina oficial de la Cátedra de Filosofía de los cursos preparatorios de la Universidad de la República, se formaron muchas generaciones de estudiantes. Fieles a los principios de la religión natural —creencia en Dios y en el alma humana inmortal— y de la moral natural —fundada en la realización del bien por el bien mismo—, rechazaban los principios de las religiones reveladas. Se inició entonces el lento y difícilmente evitable alejamiento de los intelectuales uruguayos del cristianismo, de su concepción de Dios y del hombre. La crisis del concepto cristiano de Dios fue un proceso complejo, vinculado a la ruptura con el catolicismo masón que se produjo hacia 1860 y se manifestó a través de múltiples periódicos, varios centros culturales y más de una “profesión de fe racionalista”. Sugerimos que el alejamiento era difícil de evitar, no tanto por los naturales procesos de revisión y maduración religiosa que se producen en quienes entran en la juventud, sino por la falta de una formación cristiana amplia y de sólidos fundamentos en la mayoría de estos jóvenes, y por las dificultades que tenía entonces la Iglesia uruguaya en hacer una propuesta alternativa de crecimiento intelectual y de maduración en la espiritualidad.

Unos diez años más tarde, hacia 1875, entró en escena el positivismo de origen anglosajón, siendo Darwin y Spencer los autores más leídos. En la Uni-

---

<sup>7</sup> Estas expresiones provienen de la clásica obra de Arturo Ardao: *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*, Montevideo, 1962, pp. 35-79. Ver también: Arturo Ardao: *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, Montevideo, 1968, y Susana Monreal: *Krausismo en el Uruguay. Algunos fundamentos del Estado tutor*, Montevideo, 1993.

versidad de la República, desde las clases de Filosofía y de algunas disciplinas jurídicas, el positivismo, en tanto filosofía de lo sensible, impuso el relegamiento del estudio de las realidades metafísicas. Esta filosofía, que quitó relevancia a la temática del espíritu, fue el gran estímulo para la crisis de la idea de Dios en la cultura uruguaya, generando la clásica figura del intelectual agnóstico que deposita su fe en el desarrollo de la ciencia y en el progreso social. Una nueva concepción del hombre, no demasiado definida pero amputada de su componente de trascendencia, alimentaría todos los escepticismos, todos los materialismos y todas las antropologías del absurdo que se harían presentes en la cultura uruguaya del siglo XX.

Racionalistas y positivistas, liberales ortodoxos o progresistas, anticlericales de variado cuño, fueron los protagonistas de la creación del Estado moderno y los modeladores de la opinión del "pueblo nuevo" que se había ido conformando durante décadas de migraciones.

## Estado moderno e Iglesia

A los factores motivadores del proceso secularizador ya analizados debe agregarse la creciente pugna entre el Estado uruguayo moderno, progresivamente anticlerical, y la Iglesia Católica. El camino de la secularización fue iniciado en 1861 por el decreto de secularización de los cementerios. Por el decreto-ley del 11 de febrero de 1879 se estableció el Registro del Estado Civil, que volvía obligatoria la inscripción civil de cada nacimiento. El 22 de mayo de 1885 fue promulgada la ley de matrimonio civil obligatorio y el 14 de julio de ese mismo año la llamada ley de conventos, que otorgaba al gobierno el derecho de inspección en las casas religiosas. En el área educativa, en 1877 se había decretado la enseñanza primaria gratuita y obligatoria en todo el país. La formación religiosa fue conservada, excepto para los disidentes. La enseñanza y la práctica religiosas fueron suprimidas de las escuelas públicas por la ley del 6 de abril de 1909. La ley de divorcio absoluto fue aprobada en 1907 y ampliada en años posteriores. El proceso culminó en 1917 con la separación de la Iglesia y el Estado establecida en la nueva Constitución.<sup>8</sup> Entretanto, no faltaron las medidas "jacobinas", tales como la eliminación, en 1906, de los crucifijos y de otras imágenes religiosas de los hospitales públicos, medida que despertó el decidido rechazo del liberal José Enrique Rodó.<sup>9</sup> Y también las hubo pintorescas y negadoras de las propias raíces culturales, como la secularización de

---

<sup>8</sup> M. Blanca Paris de Oddone, Roque Faraone y Juan Antonio Oddone: *Cronología comparada de la historia del Uruguay (1830-1945)*, Montevideo, s. f.

los feriados religiosos de 1919, que transformó la Navidad en *Día de la Familia*, la Epifanía en *Día de los Niños*, la fiesta de la Inmaculada Concepción en *Día de las Playas* y la Semana Santa en *Semana de Turismo*.

La Iglesia uruguaya, si bien fortalecida desde 1859 a partir del nombramiento de Monseñor Jacinto Vera, no se hallaba suficientemente preparada para enfrentar los embates del Estado laicista, mucho menos para neutralizarlos. Primeramente existían dificultades para mantener y para hacer crecer la presencia evangelizadora: la debilidad estructural compensada en parte con la creación del Obispado en 1878, el clero escaso con formación y conducta deficientes y extranjero en su mayoría, la presencia en un principio muy limitada de congregaciones religiosas que dieran respaldo a las obras educativas y sociales de la Iglesia. En segundo lugar, algunos sectores católicos manifestaron, ante los ataques, una fuerte tendencia a la "guetización", o sea, al encerramiento en sus propios círculos —escuelas católicas, club católico, prensa católica, sindicato católico, sociedad mutualista católica, partido político católico—, lo que debilitaba ciertamente la acción apostólica.

La Iglesia uruguaya reveló, de todos modos, una admirable capacidad de reacción. En primer lugar, ganó definición y compromiso por parte de sus fieles. Desde fines del siglo XIX, nunca ha representado un privilegio o un respaldo el ser católico, lo que otorga a la opción de fe una fuerza espiritual original en el contexto latinoamericano. La Iglesia contó también, en esta etapa, con conductores destacados: Jacinto Vera, el pastor, y Mariano Soler, el intelectual y el reformador. El apoyo que brindaron a la llegada de numerosas congregaciones femeninas y masculinas consagradas a la educación y a las tareas sociales dio carácter a este período. A las Hermanas del Huerto, las Hermanas Vicentinas y las Hermanas Dominicanas de Albi se unieron a partir de 1875 nuevas congregaciones; las Hijas de María Auxiliadora y las Hermanas Teresas extendieron su acción en Montevideo y en el interior del país. En cuanto a las congregaciones masculinas, a la ya antigua presencia de los Padres Jesuitas se agregó, en 1876, la acción de los Padres Salesianos, muy significativa desde entonces.

Efectivamente, frente a la red de escuelas públicas sin religión, la Iglesia tejió su propia red de escuelas confesionales. Asimismo, a partir de 1889 la acción pastoral se estructuró en torno a la realización de Congresos, intensamente movilizadores de los sectores eclesiales y del laicado, y promotores de una propuesta concreta: la mejor sociedad posible es aquella que se funda en la fe cristiana, en la práctica de las virtudes religiosas y en la presencia docente y orientadora de la Jerarquía. Entre 1889 y 1911 se reunieron cuatro Congre-

---

<sup>9</sup> Ver José Enrique Rodó: *Liberalismo y jacobinismo*, Montevideo, 1906



Los Católicos que representaron la respuesta orgánica de la Iglesia frente al anuncio de nuevos tiempos y de sus retos. Entre 1900 y 1918 tuvieron lugar cuatro Congresos de los Círculos Católicos de Obreros, organizaciones de trabajadores fundadas a partir de 1885. Las Semanas Sociales del Uruguay, motivadas por el deseo de responder a la "cuestión social", se iniciaron en 1912 y se sucedieron hasta 1956.<sup>10</sup>

## La libertad: riesgos y promesas

Al acercarse a la década de 1920, el Uruguay moderno se hallaba consolidado. Afirmación de la democracia representativa, avances en la legislación electoral y nacimiento de nuevos partidos caracterizaron la vida política. La consolidación del modelo agroexportador basado en la explotación de nuestra riqueza ganadera y en el desarrollo de la industria frigorífica, las profundas reformas sociales y económicas, el creciente protagonismo del Estado, la renovación de la sociedad determinada por las últimas olas de inmigrantes y el ascenso de las clases medias marcaron las primeras décadas del siglo. En relación con la vida religiosa, se avanzaba en la línea secularizadora.

La separación de la Iglesia del Estado, concretada en 1919, posibilitó en primer lugar regularizar las designaciones de las autoridades eclesiológicas. Provistas las sedes vacantes de Montevideo, Salto y Melo, se superó un período de acefalía que había durado más de once años en la capital. La nueva etapa se caracterizó por la acentuación del ya comentado repliegue de los católicos dentro de sus propias instituciones. El Estado laico había monopolizado de manera progresiva todas las áreas de la vida pública, y la vida religiosa quedaba sutilmente relegada al "ámbito de lo privado".<sup>11</sup>

Los efectos de la crisis de 1929 fueron muy duros en el Río de la Plata, también en Uruguay. En esta sociedad que había experimentado la primera ruptura de su confianza en la estabilidad económica y en la institucionalidad democrática, la Iglesia Católica lanzó en 1934, siguiendo las normas de Pío XI, la Acción Católica. Se trataba de la inauguración oficial de un nuevo proyecto pastoral basado en la reorganización de las fuerzas laicales para promover el "apostolado religioso social". La nueva propuesta, que relanzaba el ya clásico protagonismo de los laicos en la Iglesia uruguaya, cumplió en el país secularizado un papel fundamental. Una nueva mística evangelizadora, la revitalización

<sup>10</sup> Bazzano, Vener, Martínez y Carrere: o. cit., pp. 102-104.

<sup>11</sup> Ver Gerardo Caetano y Roger Geymonat: *La secularización uruguaya (1859-1919). Catolicismo y privatización de lo religioso*, Montevideo, 1997. Esta obra será comentada en la segunda parte de este artículo.

de la vida parroquial, la actividad especializada según cada situación y cada ambiente dieron importantes frutos hasta la década de 1960. Esta actividad intensa y fecunda, que aún despierta recuerdos siempre estimulantes para sus protagonistas, coincidió con el esplendor del "Uruguay feliz" de las décadas de 1940 y 1950. Beneficiado por las circunstancias internacionales, confiado en la fortaleza de su democracia política, en su prosperidad económica, en su estabilidad social y en el nivel de educación y la cultura de su pueblo, el Uruguay desarrolló en estas décadas una fuerte confianza en sí mismo.

## **Renovación, resistencias, crisis**

Hacia fines de los años cincuenta, los tiempos de bonanza del Uruguay parecían haberse agotado. Cambios definitivos y desfavorables en la coyuntura mundial y en el desarrollo del comercio internacional evidenciaron el estancamiento productivo de la región. Ante la crisis, cada vez más aguda, se deterioró el clima de convivencia, las posiciones se radicalizaron, y se hicieron sentir fuertes presiones sindicales y estudiantiles. Los uruguayos, hijos o nietos de inmigrantes, comenzaron a emigrar. Desde diferentes extremos, el sistema democrático comenzó a ser cuestionado como sistema viable para enfrentar la crítica situación. A la debilidad y el fraccionamiento de los partidos políticos se agregó el desarrollo de la guerrilla tupamara, de inspiración marxista, y el creciente protagonismo del ejército. El deterioro institucional culminó en junio de 1973 con el golpe de estado que abrió once años de dictadura. Tal vez la más grave de las crisis, o la que dejaría huellas más profundas, fue la crisis de la confianza que la sociedad uruguaya había depositado en sus realizaciones y en sus potencialidades. Agonizaban muchas esperanzas. Podríamos preguntarnos cómo y cuánto podrá haber influido en esta crisis cultural un siglo de educación sin Dios, el desarrollo de una mentalidad desespiritualizada, el marcado protagonismo de intelectuales materialistas y ateos, profetas de la incertidumbre y del desánimo.

Desde mediados del siglo, la Iglesia universal, la Iglesia latinoamericana y la Iglesia uruguaya venían transitando nuevos caminos. El nacimiento del CELAM —Consejo Episcopal Latinoamericano— en 1955, en Río de Janeiro, marcaba el inicio de la opción por la colegialidad. La convocatoria del Concilio Vaticano II, la fundación de la Conferencia Episcopal Uruguaya en 1965, en un país que ya contaba nueve diócesis, la designación de Monseñor Carlos Parteli como Arzobispo de Montevideo, y la reunión de la segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana en Medellín, en 1968, abrían tiempos de renovación pastoral que comportarían conflictos y tensiones. Cambios litúrgicos, movimientos ecuménicos, comunidades renovadas, nuevas instancias de formación para

sacerdotes, religiosos y laicos, desarrollo de la pastoral social y de la pastoral juvenil, suponían una relación nueva de la Iglesia con la sociedad uruguaya. Los cambios también suponían resistencias e interpretaciones diversas.

No nos corresponde la presentación de los tiempos más recientes; sin embargo el interés renovado por los estudios acerca de la Iglesia Católica uruguaya, o de temas que se relacionan con ella, revela que ésta es ciertamente un protagonista a considerar.

## **Enfoques historiográficos**

La historia de la Iglesia y la historia de la sociedad católica han motivado tradicionalmente escasos esfuerzos de investigación en el Uruguay. Si bien el número de las publicaciones de historiografía religiosa puede ser respetable, hay etapas mucho más estudiadas que otras, temas recurrentes, información que se repite sin apelar a las fuentes. Ciertamente hay grandes vacíos por llenar y urge la necesidad de hacerlo para elaborar una historia general debidamente fundamentada.

No ignoramos sin embargo los valiosos aportes que representan obras provenientes, en su mayoría, de investigadores católicos y particularmente de clérigos. En tal sentido, a las tradicionales biografías de Jacinto Vera y Mariano Soler deben agregarse las obras promovidas por el Instituto Teológico del Uruguay "Monseñor Mariano Soler" (hoy Facultad de Teología), la Universidad Católica del Uruguay "Dámaso Antonio Larrañaga", el Instituto Universitario Centro Latinoamericano de Economía Humana —CLAEH— y el Observatorio del Sur —OBSUR.

También merecen especial consideración las investigaciones y publicaciones en las áreas de historia de las ideas y de historia de las mentalidades que tratan más o menos directamente el tema religioso y la influencia de la Iglesia Católica en la sociedad uruguaya.

Nos proponemos recorrer los aportes historiográficos sobre la Iglesia en el Uruguay analizando, en primer lugar, algunas obras generales de historia nacional, para centrarnos luego en la historiografía religiosa de autores católicos y no católicos.

## **Las síntesis históricas**

La historiografía nacional, consagrada a la elaboración de trabajos de síntesis o a la preparación de estudios de carácter monográfico, ha concedido importancia muy relativa al protagonismo de la Iglesia Católica en nuestra histo-

ria. Esta afirmación es válida también para las obras cuya lectura hemos recomendado. En el clásico *Proceso histórico del Uruguay*, que Alberto Zum Felde publicó en 1919 y reeditó hasta la década de 1940, son contadas las alusiones a la acción de la Iglesia. Tres párrafos conceptuosos dedicados a las "reducciones" coloniales, ligeras alusiones a la expulsión de los jesuitas y a la vida religiosa en el Montevideo colonial,<sup>12</sup> un breve comentario acerca de la política anticatólica de José Batlle y Ordóñez a comienzos del siglo xx;<sup>13</sup> eso es todo lo que se refiere a la presencia de la Iglesia en el país. Si bien el estudio se detiene en 1920 y algunos de los planteos de esta obra se hallan superados, su enfoque general y muchas de sus intuiciones no han sido igualados. Sin embargo, Zum Felde, destacada personalidad de nuestra cultura, racionalista en su juventud y convertido al catolicismo en la madurez, no concede al cristianismo un papel ni siquiera discreto en la definición de nuestra sociedad y de nuestra cultura.

Es levemente superior el balance que resulta de la lectura de la *Historia de la República Oriental del Uruguay*, de Juan E. Pivel Devoto y Alcira Ranieri de Pivel Devoto, publicada en 1945. Los dos historiadores encaran fundamentalmente la historia política, económica y social del país entre 1830 y 1930. La presencia de la Iglesia, si bien tenue, se hace patente al discutirse el tema de la religión del Estado en la Constitución de 1830<sup>14</sup> y la creación de la Biblioteca Nacional;<sup>15</sup> sin embargo, no aparece en la fundación de la Universidad, en la que desempeñó un papel protagónico. El conflicto entre el gobierno y el vicario Jacinto Vera, que provocara el inicio del proceso secularizador en el país en 1861, merece un detenido estudio;<sup>16</sup> no hay sin embargo alusiones a la importante actuación de Mariano Soler a la cabeza de la Iglesia uruguaya. Sorprende asimismo que al analizar las instituciones culturales del último cuarto del siglo XIX no aparezca junto al Ateneo de Montevideo, el centro liberal por excelencia, el Club Católico, tan antiguo como aquel y su tradicional adversario filosófico.<sup>17</sup>

Al abordar el análisis de las obras más recientes los avances no resultan significativos. La *Historia contemporánea del Uruguay* de Gerardo Caetano y

---

<sup>12</sup> Alberto Zum Felde: *Proceso histórico del Uruguay*, Montevideo, 7ª ed., 1978, pp. 14 y 15, 19, 35 (cap. I: "La formación colonial").

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 226 (cap. IX: "El país cosmopolita"). En los dos "Apéndices complementarios", consagrados nada menos que a "La reforma educacional vareliana" y a "La evolución intelectual", sólo hay alusiones menores.

<sup>14</sup> Pivel Devoto y Ranieri de Pivel Devoto: o. cit., cap. II: "La Constitución de 1830" (pp. 24-26 de la 3ª ed., 1966).

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 215-217 (cap. VI: "Perspectiva general del país hacia mediados del siglo").

<sup>16</sup> *Ibidem*, pp. 284-288 (cap. VII: "Intentos de consolidación nacional").

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 455-460 (cap. X: "Perspectiva general del país al finalizar el siglo XIX").

José Rilla, publicada en 1994, representa un muy valioso aporte historiográfico por el carácter singular de la síntesis realizada y por la provechosa recopilación de documentos y de textos de análisis que proporciona. No presenta sin embargo ninguna contribución en la integración de la presencia de la Iglesia en la historia nacional. Un texto tomado de Arturo Ardao —“Liberalismo, Iglesia y Estado”— para tratar el proceso de secularización, y algunos fragmentos de la *Carta Pastoral de Adviento* de 1967, expresión de la posición de la Iglesia ante la crisis que el país enfrentaba, es todo lo que alude a la participación eclesial en la historia uruguaya.<sup>18</sup> En el mismo sentido, tampoco son destacables los aportes del *Manual de Historia del Uruguay* de Benjamín Nahum. En esta apreciable síntesis, publicada en dos volúmenes entre 1993 y 1998, que ha tenido amplia divulgación en los últimos cursos de enseñanza secundaria, en la universidad y en los institutos de formación docente, la acción de la Iglesia es prácticamente inexistente. Tres párrafos consagrados a los “choques con la Iglesia Católica” del gobierno de Berro en 1861, datos ordenados sobre la “secularización del Estado” y sobre las corrientes filosóficas que enfrentaron a la filosofía cristiana, nos presentan una Iglesia decimonónica siempre en retroceso y sin propuestas propias.<sup>19</sup> El tomo consagrado al siglo XX no encierra novedades: dos párrafos sobre “secularización definitiva del matrimonio” y dos líneas dedicadas a la separación de la Iglesia y el Estado en 1917 son todo lo que se refiere al tema. La Iglesia, toda expresión religiosa, toda manifestación de vida espiritual están ausentes de la historia del Uruguay.

En este panorama, preocupante por el reduccionismo que implica, algunas significativas excepciones deben ser debidamente destacadas. En el siglo XIX, la clásica figura de Francisco Bauzá y su *Historia de la dominación española en el Uruguay*, publicada entre 1880 y 1882 y reeditada en su versión definitiva entre 1893 y 1895, representan el inicio de los estudios históricos científicos en Uruguay. Bauzá, integrante de la generación que define el primer concepto de nación en esta joven república, se hallaba convencido de que solamente a partir del conocimiento de la historia se crearía un sentimiento nacional profundo. Con “instinto patriótico” pero con “criterio imparcial” nace esta obra, en la que el historiador, católico comprometido, concede a la Iglesia un papel de protagonista en el período que se extiende desde los inicios de la colonización española, en el siglo XVI, hasta la derrota definitiva de la revolución artiguista en 1820. Francisco Bauzá fundamentó en la acción conjunta de españoles, portugueses y jesuitas los cimientos de la nacionalidad uruguaya, concedió a las autoridades eclesiásticas de Buenos Aires y a los misioneros de las tierras

---

<sup>18</sup> Caetano y Rilla: o. cit., pp. 83 y 242-243.

<sup>19</sup> Nahum: o. cit., pp. 129-130, 180, 201-202.

orientales papeles influyentes a lo largo de todo el siglo XVIII, atribuyó a la Iglesia la función civilizadora más fecunda realizada en América.<sup>20</sup>

En la primera mitad del siglo XX, el *Ensayo de Historia Patria*, publicado por primera vez en 1900, y el *Compendio de Historia Nacional* de 1941, obras de H. D. —Hermano Damasceno—, fueron los manuales de Historia más ampliamente usados en los institutos de enseñanza públicos y privados del país. Francés de nacimiento, hermano de la Sagrada Familia, Gilbert Perret, conocido como Hermano Damasceno, fue el educador indirecto de numerosas generaciones de uruguayos. Su enfoque nacionalista y católico, pero nunca deshonesto, siempre didáctico, de la historia del Uruguay debe ser destacado. La influencia de sus aportes a la formación histórica y cívica de los ciudadanos uruguayos, hasta la década de 1950, merecería una cuidadosa investigación.

## Historiografía religiosa católica

Pasemos a la consideración de la historiografía religiosa, centrada en el estudio de las manifestaciones, las instituciones, las obras religiosas, más precisamente cristianas católicas. Debe incluirse en la historiografía católica una variedad importante de estudios: biografías, obras de síntesis, trabajos más netamente monográficos.

En primer lugar, y destacando que se trata de publicaciones realizadas en su mayoría por clérigos, debemos citar valiosos trabajos biográficos publicados en las primeras décadas del siglo XX, y escritos de investigadores de congregaciones religiosas que han atribuido importancia especial al estudio de su propia historia. En el rubro biográfico se destacan las obras consagradas a las dos figuras más significativas de la Iglesia uruguaya del siglo XIX: *Biografía del Ilmo. y Revmo. Señor Don Jacinto Vera y Durán, Primer Obispo de Montevideo*, publicada en 1904 por Lorenzo A. Pons, y *El Primer Arzobispo de Montevideo, Doctor Don Mariano Soler*, estudio en dos volúmenes editado por José María Vidal en 1935. Estas investigaciones, de un marcado carácter apologético y escritas por clérigos, no han sido superadas hasta hoy, lo que es por demás revelador. En relación con los escritos provenientes de congregaciones religiosas, tres ejemplos resultan suficientemente ilustrativos. En 1933, Antonio María Barbieri, fraile capuchino más tarde Arzobispo de Montevideo y primer Cardenal uruguayo, publica *Los Capuchinos Genoveses en el Río de la Plata. Apuntes históricos*; en 1940 Juan Faustino Salaberry SI publica *Los Jesuitas en Uruguay. Tercera Época 1872-1940*, y en 1943 *Los Jesuitas, su actuación*

---

<sup>20</sup> Francisco Bauzá: *Historia de la dominación española en el Uruguay*, 6 t., Montevideo, 1967. Ver especialmente: "Libro tercero. Los jesuitas", t. II, pp.153-197.

en nuestra tierra; de 1969 data la obra de Juan E. Belza SDB, *Luis Lasagna, el Obispo Misionero. Introducción a la Historia Salesiana del Uruguay, el Brasil y el Paraguay*. Escritas en diferentes momentos del siglo XX, y desde el interior de las propias familias religiosas, estas obras fueron contribuciones relevantes para el conocimiento de la Iglesia uruguaya.

En cuanto a las obras de síntesis, éstas aparecen ya superada la mitad del siglo XX, no son numerosas y representan aportes destacables pero con limitaciones. El fermental trabajo de Alberto Methol Ferré *Las corrientes religiosas*,<sup>21</sup> de 1969, expone una síntesis notable. Los resultados están sin embargo condicionados por tratarse de una obra de divulgación y con extensión preestablecida. Debe rescatarse a pesar de todo el tratamiento de la historia de la Iglesia Católica uruguaya en un marco religioso amplio, y debidamente relacionado con el proceso histórico nacional y el contexto de la Iglesia universal. En 1978 fue publicada la obra colectiva *La Iglesia en el Uruguay. Libro conmemorativo en el Primer Centenario de la Erección del Obispado de Montevideo*.<sup>22</sup> Esta publicación del Instituto Teológico del Uruguay incluye quince estudios monográficos, apéndice documental, listas de obispos y nuncios, cronología y bibliografía. Si bien los artículos presentan temática y nivel de interés desigual, la publicación de esta obra marcó un hito en la tarea de elaboración de una síntesis de la historia de la Iglesia uruguaya. Por el enfoque general de estos trabajos, destacamos de Juan José Arteaga "Una visión de la historia de la Iglesia en el Uruguay" y de Juan Villegas sí "Historia del proceso de evangelización en el Uruguay". Sin embargo, hay que admitir que algunos de los estudios se limitan a ofrecer un enfoque exclusivamente eclesial de procesos o de episodios que revestirían indudable interés si se hallaran integrados en un contexto más amplio.

Finalmente, y se trata de la obra de síntesis más reciente, en 1993 fue publicada *Breve visión de la historia de la Iglesia en el Uruguay*.<sup>23</sup> Este libro, producto del trabajo de un equipo dirigido por el Pbro. Daniel Bazzano, presenta una síntesis breve y de interés, con el propósito de cumplir una tarea sobre todo de divulgación de la temática en cuestión. Debe considerarse en su favor que se trata de una obra que ubica adecuadamente a la Iglesia en el contexto histórico del país. Se advierte sin embargo que trata con nivel desigual diferentes períodos y diferentes temas. Mientras algunos capítulos exponen investigaciones ya muy conocidas o generalizaciones de alguna vaguedad, otros ofre-

<sup>21</sup> Alberto Methol Ferré: *Las corrientes religiosas*, Montevideo, Nuestra Tierra, 1969, 69 p.

<sup>22</sup> *La Iglesia en el Uruguay. Libro conmemorativo en el Primer Centenario de la Erección del Obispado de Montevideo. Primero en el Uruguay. 1878-1978*. Montevideo, Cuadernos del ITU, t. 4, 1978, 356 p.

<sup>23</sup> Bazzano, Vener, Martínez y Carrere: o. cit.

cen aportes muy destacables. Se distingue especialmente el tratamiento de la misión Muzi (1824-1825) que, aunque con destino a Chile, realizó gestiones en Argentina y Uruguay, entonces provincia brasileña, y trajo al Río de la Plata a Juan María Mastai, futuro Pío IX.<sup>24</sup> También son muy destacables los aportes sobre las opiniones acerca de la Iglesia uruguaya del sacerdote chileno José Ignacio Víctor Eyzaguirre en *Los intereses católicos en América*, de 1859, y el estudio sobre el período de los Congresos Católicos que coincide con el liderazgo de Mariano Soler en nuestra vida eclesial.<sup>25</sup>

Entre las obras de carácter monográfico, seleccionamos tres aportes de los últimos treinta años. Merecen especial destaque los trabajos del P. Darío Lisiero SDB publicados en la *Revista Histórica* en 1971 y 1972. Nos referimos a "Iglesia y Estado del Uruguay en el lustro definitorio. 1859-1863".<sup>26</sup> Este excelente estudio se refiere, con el adecuado tratamiento de los contextos y de los diferentes intereses en juego, al período inicial del vicariato apostólico de Jacinto Vera, sus relaciones con las autoridades nacionales y con las corrientes filosóficas y políticas del momento. En 1985 y 1991 fueron publicados dos libros centrados en la persona, las ideas y la acción de Monseñor Mariano Soler, elaborados por un equipo de investigadores de la Universidad Católica del Uruguay encabezado por el Dr. Juan Villegas SI: *Mariano Soler. Ideas y pensamiento*, y *Mariano Soler. Acción y obras*.<sup>27</sup> Los dos volúmenes incluyen once estudios que abarcan el análisis de buena parte de la extensa bibliografía elaborada por Monseñor Soler, y el examen de algunas de las obras que impulsó desde su regreso al Uruguay, en 1875, una vez terminados sus estudios teológicos en Roma. Como en otros casos ya comentados, adolecen estos estudios de un nivel desparejo en la profundidad del tratamiento de los temas. Con todo, se realizan aportes originales en torno a los temas de masonería, protestantismo, familia y civilización, a los que Soler concedió especial atención. Asimismo, hay contribuciones nuevas acerca de las labores de Soler como diputado en 1880, como fuerte promotor del Club Católico entre 1875 y 1890, y como fundador del Liceo de Estudios Universitarios en 1876.<sup>28</sup>

---

<sup>24</sup> Ibidem, pp. 26-33.

<sup>25</sup> Ibidem, pp. 42-46 y 75-105.

<sup>26</sup> Darío Lisiero: "Iglesia y Estado del Uruguay en el lustro definitorio. 1859-1863", en *Revista Histórica*, Montevideo, año LXV-LXVI, segunda época, t. XLII-XLIII (1971-1972), pp. 1-230 y 1-225.

<sup>27</sup> J. Villegas, M. del R. Griego, S. Monreal, A. Rodríguez, A. M. Scala, S. Vilaró y C. Yelpo: *Monseñor Soler. Ideas y pensamiento*, Montevideo, Hegil, 1985, 290 p., y J. Villegas, M. del R. Griego, S. Monreal, A. M. Scala y C. Yelpo: *Monseñor Soler. Acción y obras*. Montevideo, Hegil, 1991, 433 p.



En otra línea de investigación, pero cubriendo el mismo período histórico, en 1988 Carlos Zubillaga y Mario Cayota publicaron *Cristianos y cambio social en el Uruguay de la modernización (1896-1919)*.<sup>29</sup> Con un interesante empleo de las fuentes, los autores elaboran un atractivo estudio del Uruguay entre dos siglos, de las tensas relaciones entre la Iglesia y el Estado, y de las fuertes discrepancias intraeclesiales en torno a la "cuestión social". Reviste especial interés el estudio de la posición de Monseñor Soler y los matices que la misma va adquiriendo ante la necesidad de acordar la doctrina católica, el espíritu moderno y los justos reclamos de reformas sociales. Se impone entonces el análisis de las propuestas enfrentadas y de las tensiones que el reformismo provocó en el seno mismo del catolicismo uruguayo.<sup>30</sup>

## Temas religiosos y enfoques no católicos

Desde mediados del siglo XX, y con particular énfasis en la última década, autores no católicos, o que no se identifican como católicos, han abordado la temática religiosa. Desde el estudio de las ideas, de las mentalidades o de la sensibilidad, han surgido trabajos de innegable valor que revelan un nuevo interés por las investigaciones relacionadas con la presencia de la Iglesia en nuestra sociedad y en nuestra cultura. Adelantamos que los enfoques no son siempre compartibles.

La historia de las ideas es uno de los campos que no ha tenido un particular desarrollo en nuestro país, en el que la historia política y, más tarde, la historia socioeconómica gozaron por largas décadas de todos los privilegios. Debemos sin embargo citar a autores de gran relieve en esta área; es el caso de Carlos Real de Azúa y Arturo Ardao. El Dr. Ardao, en sus cursos de la Facultad de Humanidades y Ciencias en los años cincuenta, inició los primeros estudios sistemáticos sobre las corrientes de pensamiento que nutrieron la conformación de nuestra cultura. *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*<sup>31</sup> y *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*<sup>32</sup> son el resultado de estos cursos. Si bien la obra de Ardao es muy amplia y cubre un variado espectro temático, centraremos en estos dos libros nuestro comentario. Por su carácter de obras

<sup>28</sup> Ver: J. Villegas: "El Pbro. Mariano Soler, Diputado, 1880", *ibidem*, pp. 101-197; S. Monreal: "El Club Católico de Montevideo (1875-1890). Presencia de Mariano Soler", pp. 241-370; M. del R. Griego: "Soler y el Liceo de Estudios Universitarios", pp. 371-431.

<sup>29</sup> Carlos Zubillaga y Mario Cayota: *Cristianos y cambio social en el Uruguay de la modernización (1896-1919)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1988, 378 p.

<sup>30</sup> *Ibidem*, parte II: "La confrontación social en el seno de la causa", pp. 87-209.

<sup>31</sup> Ardao: *Racionalismo...*, o. cit.

<sup>32</sup> Ardao: *Espiritualismo...*, o. cit.

de síntesis, aunque basadas en investigaciones originales, ellas abarcan todo la historia cultural del Uruguay independiente durante el siglo XIX. Sin negar los aportes que estos estudios representan, el muy particular enfoque del rol del cristianismo en nuestra cultura resulta insuficiente y parcial. Bajo este juicio deben ubicarse los capítulos dedicados a la "Síntesis histórica de la Iglesia nacional" y los que se refieren a "El catolicismo masón (1850-1865)". En el mismo sentido, en la obra *Espiritualismo y positivismo* sólo hay alusiones breves, que se caracterizan por largas transcripciones de textos de autores católicos que no se hallan adecuadamente relacionadas ni con el proceso estudiado ni entre ellas mismas: Mariano Soler y el Club Católico, krausismo y catolicismo, crítica católica la universidad positivista.<sup>33</sup>

Habiéndose dedicado durante largo tiempo a los estudios de historia económica y social, José Pedro Barrán publicó, a fines de 1989, la primera de las obras que consagraría al estudio de la sensibilidad en el Uruguay, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. Tomo 1: *La cultura bárbara (1800-1860)*.<sup>34</sup> Le seguirían un segundo tomo, *El disciplinamiento (1860-1920)*,<sup>35</sup> y *La espiritualización de la riqueza. Catolicismo y economía en el Uruguay: 1730-1990*.<sup>36</sup> Con una sólida formación como docente y como investigador, y con una excepcional producción historiográfica, el Prof. Barrán es sin duda el historiador uruguayo contemporáneo de mayor prestigio y de mayor difusión. Sus últimas obras le han permitido superar las barreras de los especialistas en Historia para transformarse en un autor atractivo para todos los lectores uruguayos. Ferviente admirador de la Escuela de los Anales y especialmente de Lucien Febvre, atraído por el estudio de las mentalidades de Jean Delumeau y fuertemente influido por los enfoques de Michel Foucault, José Pedro Barrán adjudica a la Iglesia Católica, que liga estrechamente con la "naciente burguesía uruguaya", un papel cultural definido. Se trata de la creación, o incluso la imposición, de una nueva cultura disciplinada, al servicio de "el modo de producción y el sector social dominante".<sup>37</sup> En su obra más reciente, fruto, como todas las suyas, de un manejo inteligente y cuidadoso de muy numerosas fuentes, Barrán trata las relaciones de la Iglesia y la burguesía, del mundo espiritual y el mundo material, desde la época colonial hasta 1900, en clave económica. Justifica de la siguiente manera la orientación de su estudio: "Nosotros somos los que

<sup>33</sup> Ibidem, pp.119-121; pp.164-170; pp. 223-224; pp. 242-246.

<sup>34</sup> Barrán: o. cit., 1: *La cultura "bárbara" (1800-1869)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1989.

<sup>35</sup> Barrán: *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, t. 2, o. cit.

<sup>36</sup> José Pedro Barrán: *La espiritualización de la riqueza. Catolicismo y economía en el Uruguay: 1730-1990*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1998.

<sup>37</sup> Barrán: *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, t. 2, o. cit., pp. 22-28.

separamos lo que ellos vivían como un todo, las esferas de lo material y lo espiritual, lo económico y lo religioso, el mundo del más aquí y el del más allá, la tierra y sus bienes, del cielo, su ansiado paraíso y su temido purgatorio. Ellos creían en el intercambio posible y legítimo —y necesario— entre el mundo terrestre y el celeste, en la posibilidad de “espiritualizar” los bienes materiales y en la realidad, también material, de los bienes espirituales”.<sup>38</sup> En realidad, como muchas personas en Uruguay y en el mundo, el autor es el que separa lo que otras muchas personas continúan concibiendo como un todo. Sus planteos son atractivos y provocativos, pero Barrán examina manifestaciones humanas que él sólo parecería captar de manera incompleta.

En 1997 fue editada la última obra que comentaremos, y que presenta un enfoque particular puesto que se centra en el proceso secularizador. Se trata de *La secularización uruguaya (1859-1919)*, de Gerardo Caetano y Roger Geymonat,<sup>39</sup> primer tomo de una obra que promete continuación. El libro es valioso porque trata por primera vez el tema de la secularización de manera sistemática. Resultan sin embargo limitados los planteos teóricos que se toman como punto de partida, especialmente los de Enrique Dussel en una perspectiva latinoamericana y los de Arturo Ardao en el plano nacional. Asimismo, el texto incluye planteos y preguntas muy incisivas, pero no siempre propone respuestas afinadas.<sup>40</sup> Quizás el concepto de “Iglesia guetizada” merezca algunas revisiones; por el contrario, el análisis de la “privatización de lo religioso” y de las propias resistencias eclesiales frente a este proceso revela un enorme interés. Debe destacarse, finalmente, la amplia y cuidadosa consulta de fuentes hasta ahora inexploradas.

## Reflexiones finales

Habiendo presentado las grandes líneas de la historia de la Iglesia Católica, e intentado aportar algunas reflexiones acerca de la principal bibliografía disponible sobre el tema, nos parece oportuno realizar algunas reflexiones a guisa de conclusión.

Para comenzar, debemos anotar que la sociedad uruguaya que está protagonizando el fin del siglo XX presenta cambios, tal vez esperados pero un tanto sorprendentes, en la vivencia de la religiosidad. Las nuevas generaciones uruguayas parecen haber perdido respeto por el país laico y por la tradicional privatización de las experiencias religiosas. Somos testigos de manifestacio-

---

<sup>38</sup> Barrán: *La espiritualización...*, o. cit., p. 20.

<sup>39</sup> Caetano y Geymonat: o. cit.

<sup>40</sup> Por ejemplo: *ibidem*, p. 154.

nes cristianas o no cristianas: es el caso de los cultos afrouruguayos, que salen de lo privado por vías que nos apelan y que no siempre nos satisfacen. Se trata de una religiosidad muy exterior e incluso exhibicionista, pero sus raíces más profundas exigen reflexión y estudio.

Volviendo a la investigación histórica, deseamos retomar algunos conceptos. En primer lugar, los esfuerzos historiográficos se han presentado de manera aislada y desarticulada, provengan o no de instituciones católicas. De la misma manera los enfoques, muy variados como hemos visto, no siempre permiten tener una referencia integral de toda la tradición de la comunidad católica uruguaya. Por otra parte, la actitud repetida que ha eliminado el factor religioso del estudio de los procesos históricos excluye un elemento que debe tenerse en cuenta, empobrece las interpretaciones de determinados procesos, vuelve incomprensibles algunas situaciones.

En otra perspectiva, la historiografía uruguaya presenta la debilidad que supone la falta de revisión de estudios realizados más o menos recientemente. Las dificultades reales para financiar investigaciones en este campo han convertido esta actitud en una peligrosa costumbre. Es necesario discutir, investigar a partir de lo ya realizado, no aceptar nada como definitivo.

Finalmente, si bien no es deseable que se mantenga el predominio clerical en los estudios sobre la historia de nuestra Iglesia, parece imprescindible que los centros académicos católicos recuperen el protagonismo, que no la exclusividad, en esta área. Se trata de ofrecer otra perspectiva para clarificar temas y enfoques que desde otros presupuestos filosóficos y desde otros ámbitos se estudian, se entienden y se exponen de manera no siempre adecuada o completa.

## Resumen

*Los perfiles culturales y religiosos de la sociedad uruguaya exhiben diferencias respecto a los de la mayor parte de América Latina. Este artículo, publicado originalmente en España, presenta en primer lugar las grandes líneas de la historia del Uruguay, como marco para estudiar el papel que la Iglesia Católica ha desempeñado en nuestra sociedad. En segundo lugar aborda los principales enfoques historiográficos de la acción de la Iglesia en Uruguay, que se han producido de manera aislada y desarticulada y no siempre ofrecen una referencia integral de toda la tradición de la comunidad católica nacional. La insistencia en obviar el factor religioso en el estudio de los procesos históricos empobrece la interpretación e impide la comprensión de algunas situaciones.*